conmigo, y deseo que respondais á mis preguntas. ¿Dónde está el hombre que habeis traido á vuestra casa esta noche?

—Os repito que estais en un error, repuso Mateo Barthas; yo habito aquí solo hace quince años, y en mi casa no se han visto jamas otras personas que los pobres enfermos á quienes curo todas las mañanas, y los criados de monseñor el rey ó de los nobles señores que vienen á buscarme cuando me necesitan.

—¡Por la muerte de Cristo! esclamó el preboste, yo no creia que un hombre de saber como vos, doctor Barthas. pudiera rebajarse hasta el punto de mentir como un vil charlatan.

Y llamó en seguida á maese Joulu, el pergaminero.

Joulu, que habia oido á Barthas negar haber recibido en su casa al peregrino, no osaba decir una palabra por temor de desagradar al doctor, cuya generosidad tantas veces habia esperimentado. Pero el preboste no era hombre á quien se engañaba fácilmente.

—Amigo, dijo á Joulu, si no hablas pronto como te he dicho, te mando ahorcar en el acto.

Maese Joulu bien hubiera querido escurrirse entre la jente; pero al querer hacerlo por la derecha se encontró cara á cara con los arqueros de caballería, y al dirijirse hácia la izquierda topó con los de á pié. No habiendo medio de escapar, habló, y afirmó haber visto á un peregrino entrar con Mateo Barthas en casa de este aquella misma noche á hora algo adelantada.

—Y mirad, doctor, dijo el preboste luego que Joulu cesó de hablar; mirad allí arrimado al pozo el bordon de ese peregrino.... Decid ahora dónde está el hombre que llevaba ese bordon.

Mateo Barthas pareció quedar aterrado; levantó los ojos al cielo con espresion de dolor, y dos gruesas lágrimas asomaron al estremo de sus largas pestañas.

—*Fiat voluntas tua*, murmuró.

Y colocándose en medio de los soldados dijo al preboste:

—El culpable se entrega, llevadme.

—Ya dimos con el culpable.... Está bien, dijo el preboste. Pero ahora es menester que yo me informe de las circunstancias del crímen.

Y habiendo dejado al doctor custodiado por dos arqueros, comenzó con el resto de su gente una pesquisa en toda regla.

V.

Algunas horas antes de entrar en su casa con el peregrino, habia salido el doctor Barthas de su domicilio, con intencion de asistir á las tinieblas en la iglesia de Santa Genoveva. Fué allá en efecto, como lo aseguraron gran número de testigos que le habian visto. De allí fué, segun su costumbre, á dar un paseo por los bulevares contiguos á la poterna de San Victor, en donde varias personas atestiguaron haberle saludado.

Cuando Barthas volvió á la ciudad, parecia esperimentar una viva agitacion. Sin duda una de esas ideas que devoran el cerebro de los hombres de genio, habia asaltado su espíritu, pues gesticulaba y hablaba solo, se paraba y volvia á proseguir su marcha, alternativamente rápida ó lenta, pero como violentada á cada instante por bruscas interrupciones.

Llegó así hasta el atrio de San Juan de Letran, en que habia una porcion de peregrinos que venian de todas las poblaciones de Francia, y algunas veces de los confines de la Europa. Estos devotos viajeros aguardaban de pié, con el bordon en la mano, y apoyados contra los pilares del pórtico, á que alguna persona caritativa viniese á brindarles con su cama y su mesa.

En general, estos peregrinos pertenecian á las clases menos acomodadas; pero á las veces se encontraban entre ellos algunos que, en cumplimiento de algun voto ó por espíritu de penitencia, abandonaban momentáneamente su posicion brillante, y emprendian su peregrinacion animados de un espíritu de abnegacion y de humildad.

Mateo Barthas se paseó algunos instantes en medio de aquellos grupos, mirando con suma atencion todas aquellas caras macilentas y consumidas por la fatiga ó por las pesadumbres, todas aquellas fisonomías en que podia leerse la inquietud en que estaba cada cual acerca del alimento y del lecho que les depararia la suerte para aquella noche.

Por fin, el médico de Cárlos V se detuvo ante un hombre de unos treinta años, de alta estatura y de bellas y correctas facciones.

—Hermano, le dijo, las noches son frias, y no hace provecho estar espuesto con el estómago vacio á las nieblas de la Semana Santa. ¿Quereis aceptar la hospitalidad bajo mi techo por tres dias?

El peregrino hizo la señal de la cruz, y se inclinó con gratitud ante el doctor; esto era manifestar que aceptaba la invitacion que se le hacia.

Un momento despues, Barthas y su convidado se encaminaban á la calle de la Fuente Brunehaut.

Sabemos ya que era de noche cuando ambos llegaron á la morada del ilustre doctor. Este, pues, no habiendo encontrado á persona alguna en el camino, pudo creer que la horrible accion que meditaba quedaria envuelta en un profundo misterio.

VI.

Las pesquisas de Juan de Plaimpré habian sido infructuosas en un principio; pero el preboste tenia la conviccion de que se habia cometido un crímen, y queria encontrar las pruebas de ello. Continuó, pues, con perseverancia sus indagaciones, y despues de no pocas diligencias, concluyó por descubrir en lo último de un sótano, el cadáver del infeliz peregrino.

Tenia una ancha incision en la region del corazon, que se estendia hasta los pulmones. Observando la contraccion de sus facciones, el estado de los músculos y arterias, los cordeles medio rotos que sujetaban sus miembros, se podia juzgar

que despues de haber sumerjido Barthas al peregrino en un sueño letárgico, le habia sometido vivo á esperimentos quirúrjicos.

Como debe presumirse, este descubrimiento escitó un horror profundo y dió márgen á prorumpir en gritos de indignacion y de venganza contra el asesino; y la multitud, que pocas horas antes se inclinaba ante Barthas, á quien consideraba como su bienhechor, se mostraba decidida á apedrear al sabio doctor.

Pero el preboste, despues de haber mandado colocar el cadáver en un carro, hizo atar á Barthas entre dos caballos, á fin de sustraerle al furor del pueblo, y asegurar al mismo tiempo su persona.

En seguida, fué conducido el culpable á la conserjería y metido en un oscuro calabozo.

VII.

El proceso se instruyó prontamente.

Llovian de todas partes recomendaciones, súplicas, instancias para salvar al menos la vida del doctor, y no podia ser de otra manera siendo Barthas, como era, estimado de todas las notabilidades de la corte y de la ciudad, comenzando por el mismo rey Cárlos V.

Pero aunque el médico tenia amigos poderosos, habian incurrido en su crímen circunstancias tan atroces, y la impunidad pudiera haber sido tan peligrosa en aquellos difíciles tiempos, que el tribunal del parlamento no creyó posible tomar en consideracion los ruegos de los infinitos intercesores.

Ademas, el peregrino no era un pobre cualquiera sin casa ni hogar, sino que pertenecia á la familia de Montauban, que se habia mostrado parte en la causa.

Los jueces, pues, no pudieron hacer mas en favor del culpable, que darle una de las lumbreras del foro parisiense, Pedro Gaudoy, que no obstante ser jóven, habia ya ganado gran reputacion por su ciencia y por su probidad.

Pedro Gaudoy aceptó la mision que se le habia confiado, y se apresuró á bajar á las sombrías bóvedas de la Conserjería, á fin de ponerse de acuerdo con su cliente para preparar la defensa.

A fuer de hombre superior, Pedro Gaudoy debia comprender perfectamente á Barthas y simpatizar con él. En efecto, el abogado se hallaba tan bien al lado del médico, que muchas veces pasaba dias enteros con el preso. Y cuando sus colegas le bromeaban por semejante asiduidad, Pedro Gaudoy les contestaba:

—Amigos, no tomeis á risa una materia tan grave. Yo daria mi vida por salvar la de Barthas, no porque él no sea criminal, sino porque solo el genio es culpable en él. No debe su crímen sino á su fanatismo por la ciencia, á su amor por la humanidad.

Abriéronse por fin los debates.

Barthas compareció ante sus jueces con la resignacion de un filósofo. Oyó con sangre fria las declaraciones mas concluyentes en contra suya, y el discurso del procurador general que terminó pidiendo una muerte infamante; pero cada vez que se pronunciaba la palabra asesino, levantaba los ojos al cielo y esclamaba:

—¡Dios sabe si yo he derramado la sangre de un hombre por el bárbaro placer de darle muerte!

El abogado Pedro Gaudoy estaba mas conmovido y mas consternado que su cliente. Llegó sin embargo el caso de que tomara la palabra, y en un brillante discurso, lleno de elocuencia, de fuego y de erudicion, se esforzó por probar que un fanatismo por la ciencia habia únicamente impulsado á Barthas á cometer el odioso crímen que le sometia á la accion de la justicia.

—"¿Quién de vosotros, esclamó, podria hacer cargos á un sabio cuya vida entera está sembrada de actos de humanidad, por querer estender los límites del dominio de la sabiduría? Barthas pretende que la sangre humana circula en el cuerpo humano (1) como corren los arroyos en las praderas y ha querido adquirir certeza de ello, porque si la presuncion se convierte en realidad, resultarán á la humanidad beneficios inmensos. Si ha encontrado la verdad por medio de un crímen, este crímen no puede ser irremisible á los ojos de Dios; ¿y será imperdonable á los ojos de los hombres?"

Cita luego Pedro Gaudoy á Empedocles, que se arrojó en las llamas del Etna por sorprender los misterios de sus fuegos subterráneos; pero el procurador general le hace observar que el filósofo de la antigüedad no hizo daño mas que á sí propio, y cometió solamente un suicidio, crímen cuyas consecuencias ignoraba en su calidad de pagano.... al paso que Barthas ha arrancado la vida traidoramente á otro, poniéndole en peligro de perder su alma.

—"Mi comparacion es mala, convengo, respondió Gaudoy; pero ved otra que os parecerá quizá mas esacta. ¿Quién de vosotros, señores, negaria el derecho á un capitan de hacer matar algunos hombres la víspera de una batalla, si la victoria del dia siguiente era el precio de la sangre oscura vertida la víspera sin motivo aparente? ¿Quién osaría en semejante caso disputar la gloria del triunfador? ¿Pensais por ventura que nuestro ilustre Duguesclin no tiene que echarse en cara alguna sangre derramada en circunstancias parecidas? ¡Y no obstante, nadie ha soñado siquiera en tacharle de feroz, ni en fulminar contra él acusaciones infamantes!.... Pues bien: ¿negareis al sabio lo que se concede al guerrero? ¿será deshonrado y castigado el victorioso adalid de Minerva por lo que el de Belona recibiria una recompensa? ¿Levantareis al uno arcos de triunfo y al otro un cadalso?.... ¿En dónde estamos?.... Una victoria en las ciencias que debe engrandecerlas é ilustrarlas, ¿será menor que una victoria brutal que no produce mas que la posesion siempre disputada de un territorio, de una ciudad ó de una provincia?.... ¡Oh! señores, no po-

(1) Ignorábanse todavía en aquella época las leyes de la circulacion de la sangre, y los que hablaban de ella eran tenidos por visionarios. Hasta el reinado de Francisco I, las autopsias y disecciones anatómicas eran desconocidas y prohibidas como prácticas sasacrílegas y diabólicac.

deis juzgar así, vosotros que sois los padres de la sociedad, pero tambien los patronos de la gloria científica de la Francia."

Este discurso produjo un grande efecto, sobre todo en una interesante peroracion en que Gaudoy invocó alternativamente la piedad y la religion de los jueces. Pero á pesar de los esfuerzos del célebre abogado, el crímen era demasiado flagrante, demasiado odioso para que fuese permitido absolver al culpable.

Mateo Barthas fué condenado por unanimidad de votos á ser enrodado vivo y luego descuartizado, como convicto de sacrilegio, homicidio y traicion.

Oyó el sábio su sentencia sin palidecer; pero el abogado no pudo soportar aquel golpe: cayó desmayado, y fué preciso sacarle de la sala.

VIII.

La ejecucion de la sentencia se fijó para el dia siguiente, pues en aquel tiempo no habia, como hoy, gados de apelacion.

Vuelto en sí de su desmayo Pedro Gaudoy, pidió permiso al procurador general del parlamento para pasar al lado del reo las pocas horas que le quedasen despues de cumplir sus deberes religiosos. Este permiso le fué otorgado, y en su virtud se trasladó á la Consejería á las tres de la tarde.

A las siete se le vió salir muy embozado en su toga, pues el viento era fresco y los corredores de la Consejería muy húmedos.

El dia siguiente fué el preboste á la cárcel acompañado de sus arqueros y del macero del parlamento, así como de los delegados del tribunal, del confesor, del verdugo y de sus cuatro criados.

Pero al penetrar en el calabozo todos estos personajes, quedaron atónitos al encontrar en lugar de Mateo Barthas al abogado Pedro Gaudoy.

—¡Pardiez! señor Gaudoy, dijo Juan de Plaimpré, no puede menos que tengais el diablo en el cuerpo para venirnos ahora con este papel de comedia.

—Señor preboste, cada uno obra como le parece.

—Claro es que sí, replicó el preboste; pero las cabezas mejor organizadas se dejan á veces llevar de muy singulares.... estravagancias.

Y señalando con la mano al verdugo, añadió Juan de Plaimpré:

—¿No sabeis, señor Gaudoy, que al compadre le importa poco la calidad del reo? Abogado ó médico, lo mismo le da: lo que él necesita es un cuerpo en que lucir su habilidad.

—Sé bien lo que me espera, repuso Gaudoy. Llevadme, pues, señor preboste; estoy dispuesto.

—¡Diantre! esclamó el preboste! ¡qué priesa teneis porque os rompan los huesos, señor Gaudoy!

—Mas vale sufrir que aguardar, dijo el abogado.

—¡Oiga! dijo el preboste, ¿es esa vuestra opinion? Pues por mi parte, mejor quiero estar aguardando veinte años que enrodado diez minutos.... Pero, vamos á ver, en conciencia, ¿qué demonio encarnado os ha sugerido esta calaverada?.... ¿Es Barthas pariente vuestro? ¿Le debeis algun favor especial?.... Mas ¡por las barbas de San Pedro, que es pagar demasiado caro el parentesco ó las deudas de gratitud!

—Os equivocais en vuestras conjeturas, dijo Gaudoy. Yo no conocia á Barthas mas que de nombre hasta que me encargué de su defensa. Pero he visto que es un genio que ha hecho y puede hacer todavía grandes servicios á la humanidad. Por eso me he convencido de que valia mas fuese él quien viviera.

Y despues de un momento de silencio, Pedro Gandoy añadió con una triste sonrisa, pero con voz firme y resuelta:

—Ea, pues, llevadme y cumplid vuestro deber.

—¡Oh! ¡oh! dijo el preboste reflecsionando. Que Barthas sea un grande hombre y un hombre muy de bien, quiero concederlo; pero, ¡por las parrillas de San Lorenzo! no le quedais vos en zaga en cuanto á grandeza de alma, señor Gaudoy.

—Señor preboste, dijo el abogado, vamos cuando gusteis.

—¡Pues, señor! ¡vamos! contestó el preboste retorciéndose los bigotes. ¡Ya que lo tomais así!... pero, ¡por la cruz de Cristo,! que en mi vida he visto un hombre tan impaciente porque le descuarticen!

El preboste estaba conmovido y comprimia á duras penas una lágrima que amenazaba humedecer su rostro marcial. Quedóse largo rato pensativo. Sin duda alguna pensaba sériamente en el hecho estraño que presenciaba.

Pedro Gaudoy le sacó de su meditacion.

—Señor preboste, dijo, estoy esperando á que tengais á bien mandar que nos pongamos en marcha.... Reflecsionad que para el hombre que debe morir, el aguardar es mil veces mas cruel que el mismo suplicio.

El preboste miró á Pedro Gaudoy con el ademan de un hombre estupefacto y murmuró luego en voz baja:

—¡Está endemoniado este maldito!

Y refrenando un poco su emocion, añadió:

—¡Por San Bartolomé! Tiempo hay para llevaros al suplicio; yo voy ahora mismo á contar al rey nuestro señor vuestra rara travesura.

En seguida Juan de Plaimpré se marchó á grandes pasos á fin de ocultar su enternecimiento á las gentes que le rodeaban, pues conocia que á pesar de sus contorsiones, no podia ya contener por mas tiempo las lágrimas que le arrancaba el sublime sacrificio de Gaudoy. Habiendo, pues, dado órden á sus arqueros de que esperasen su vuelta, corrió á informar á Cárlos V de lo que pasaba. El monarca que comprendia las bellas acciones y las almas nobles, ordenó poner incontinenti en libertad al abogado, que fué luego uno de los magistrados mas distinguidos de Francia.

Bueno es añadir que el rey, lo mismo que cuantos habian conocido á Barthas, se alegró de su evasion y se felicitó de la buena accion de Pedro Gaudoy.

. . . . . .

El médico Mateo Barthas se refugió primero en Hungría; pero de allí se trasladó luego á Constantinopla. Mas adelante, concluyó por unirse á los cenobitas del monte Líbano. Allí expió con una vida de arrepentimiento, de estudio y de oracion, el crímen á que le habia conducido un amor demasiado grande á la ciencia.

TRIBUNALES CORRECCIONALES.

UN PORTERO ULTRAJADO.

El Sr. Bernabé Sorey tiene el insigne honor de abrir la puerta, tirando de una cuerda *ad hoc*, en una casa sita en la calle de San Luis, no lejos de la plaza llamada antes Real.

El Sr. Bernabé es un hombrecillo seco y estenuado, muy irritable y muy rabioso, como es achaque de todos los bípedos humanos que no han podido pasar de cuatro piés y diez pulgadas.

El Sr. Bernabé ha hecho citar á M. Emilio Perret, acusándole ante el tribunal de injurias de palabra y obra, y reclama la módica suma de 50,000 francos por via de indemnizacion.

El presidente. El demandante tiene la palabra.

Bernabe. Mi queja está dicha en dos palabras. El señor me ha pegado; el señor me ha hecho medir la tierra con mis espaldas; el señor me ha herido de gravedad.

El presidente. ¿En qué circunstancias han tenido lugar esas violencias?

Bernabe. Por la noche.... El señor ha dado en retirarse á horas que no son regulares.

El presidente. No es eso lo que se os pregunta. Lo que se os pregunta es por qué razon os ha pegado el señor.

Bernabe. ¡Por qué razon! A mí nadie tiene razon para pegarme.

Viendo que del querellante no puede sacarse nada en limpio, el presidente toma el partido de preguntar al acusado.